





# IRAPUATO MI AMOR

PACO IGNACIO TAIBO II

© **Paco Ignacio Taibo II**

Abril 2016

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ, Para Leer en Libertad A.C., y Morena.

**[brigadaparaleerenlibertad@gmail.com](mailto:brigadaparaleerenlibertad@gmail.com)**

**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**

Cuidado de la edición: Óscar de Pablo.

Diagramación: Daniela Campero.

Imagen de portada cortesía de Mauricio López V.





“Si conserva usted algún cariño para sus hijos, si le queda un resto de amor para sus hermanos, o si posee sentimientos humanitarios, ingrese en la lucha de clases.”

Federación Obrera de Guadalajara,  
28 de julio de 1918.

*Para mi amigo Luis Hernández, y para José Luis Rhi Sausi, y el Horacio y la Janette, y para el Germán, el Monje y el Pablitas, y para Paco, mi compadre (por segunda vez), y para Héctor, la Lupita, Sergio, el Rafa, Bernarda, Jorge el Fierro, Humberto y el Carlos Vargas, y para el Eko y el Jaime y el Luis, y para Jorge (recién casado), y cómo no, para el Quinto, la Pilar y María Elena, y en general para todos los que hacen que camine el experimento de los martes, y claro, para el Vizcaíno y el Belar, y desde luego para la Pecas, esperando que ellos y todos los demás, perdonen una dedicatoria tan larga, para abrir un libro tan chiquito.*

Paco Ignacio Taibo II



# I

## TÚ NO SABES NADA DE IRAPUATO

(Noviembre 1982-mayo 1973)

Tú no sabes nada de Irapuato —me dice una voz en la cabeza—. Nada, tú no sabes nada —dice la voz parafraseando el principio de aquella película.

He vuelto nuevamente a esta ciudad. He traído mis viejas notas, mis papeles de hace 10 años. Traigo todo lo que podría necesitar para comparar lo que veo con lo que vi. Me traigo yo mismo, traigo la memoria.

El autobús da la vuelta sobre la calzada Díaz Ordaz y entra en la central camionera. La ciudad no era así. No tenía central camionera, no tenía bulevar Díaz Ordaz; esa iglesia es nueva, y esos tanques de almacenamiento de Pemex no estaban allí. Ha cambiado y sigue siendo la misma. Igual que yo, he cambiado y sigo siendo el mismo, me digo, mientras me cuelgo al hombro la chamarra y aprieto bajo el brazo el paquete de libros para los amigos, que traigo desde la Ciudad de México.

Camino bajo un “sol de cojones”, que arde sobre la camisa y bajo ella. Por ahí se iba a la casa de don Tomasi- to. Por ahí estaba Ropa Acero. Por ahí la clínica del Seguro Social donde se hacían los mítines. Atrás de esas calles estaba la casa de mi compadre Luis, y por allá la subestación eléctrica. El local sindical sobre la calle Guerrero, enfrente de la paletería, al lado del mercadito donde tenía

la beca alimenticia. Ahí compraba el periódico, allá está el Palacio Municipal y el sindicato de los electricistas, por allá se iba a Estrella de Oro. Si sigo recto por esta calle llego al fraccionamiento donde estaba Delta, pasando por Telas Blanco. Para allá el taller de Tauro y los puestos que sirven las mejores fresas con crema del mundo.

Yo ya estuve aquí, yo tenía diez años menos y no era muy diferente de lo que ahora soy. Pienso en esas cosas y me rasco el pelo con dos dedos, en ese gesto imitado a Stan Laurel del que mi esposa se burla sin clemencia.

\* \* \*

El yo de hace diez años llegó a esta ciudad con la misma curiosidad, con la misma mirada ávida que hoy está irritada por el recuerdo. Quizá con un poco más de prisa, quizá con esa cabrona urgencia del que siente que si se detiene va a ser rebasado por sí mismo.

Irapuato era entonces un pueblo apacible. Fuera del trabajo de recolección y empacado de la fresa, que durante un par de meses reactivaba todo, se mostraba como una pequeña ciudad comercial en el centro de una zona agraria.

Las primeras imágenes confirmaban: policías con el uniforme a medias, pantalón azul y camisa de cuadros, chamarra café y gorra reglamentaria, rondando con sus máusers, vampireando al campesino que se había emborrachado. Eso establecía la identidad, se parecía a otras ciudades mercantiles, que dan tianguis y servicios a su periferia. Mercado, servicios y burdeles.

Muchas cantinas con nombres exóticos: La Texana, Agua Azul, Floresta, El Rancho, Mi Vida, La Moldiana,

El Centro... Luego las conocería por dentro con mis amigos electricistas, verdaderos amos del chupe de Irapuato, dueños y señores de barras y mesas de cerveza cartablanca.

Fresas, muchas fresas. Para reafirmar que están ahí, como dice la leyenda de Irapuato. Fresas cristalizadas, mermelada, fresas con crema, fresas en canastas para que el coche se detenga un instante y se vaya para otros rumbos, porque por aquí sobran.

Tierra suelta, hija de obras en construcción que nunca se terminarán, que algún funcionario comenzó, inauguró y condenó al olvido del presupuesto saqueado. Tierra suelta en el aire que hace estornudar. Bicicletas, como si hubiera muchos lecheros. Paleterías a madres, para distraer un calor piojoso. Baldíos, como si la ciudad hubiera decidido crecer dejando espacios para parques que nunca se construirán.

Las paredes eran blancas y brillaban agresivas. En algunas había pintas de la Unión Nacional Sinarquista. Todo era trasnochado, obligadamente típico: el sol, los campesinos que descargaban un camión con costales de maíz, las letras UNS en la pared, las casas blancas, la tierra suelta atacando el aire, la estación del tren vacía y solitaria, un cine donde ponían tres películas de luchadores, una anciana sentada en la sombra ante la puerta de su casa, dos mujeres jóvenes haciendo cola ante la puerta de un dentista, cuyo rótulo proclamaba orgullosamente no su origen en la UNAM, sino la existencia de un diploma de la Universidad de Guanajuato.

Eran las tres de la tarde y el yo de hace diez años caminaba por las calles de una ciudad que vagamente le

---

**Irapuato mi amor**  
recordaba a Veracruz, que le traía aires que en aquella época identificaba con Toluca, y que años después sabía que tienen que ver con la primera imagen de casi toda la provincia mexicana. El yo de entonces levantaba lugares comunes con la vista, porque no sabía ver, no sabía encontrar la piel de la ciudad de la que después se enamoraría.

El yo de hace diez años pensaba en 1973: “¿Qué estoy haciendo aquí?” Porque una nueva ciudad es un viejo miedo renovado, porque toda la seguridad de los 23 años urbanos se zarandea un poco ante esta desolación pueblerina, acompañada del miedo del enviado especial, de la inseguridad del Miguel Strogoff de la lucha de clases.

## II

### ESTRELLA (Mayo de 1973)

Oscurecía cuando llegué a Estrella acompañado de Ramón y de Carmina, que no paraba de hablar. Era una calle estrecha y turbia que estaba totalmente tomada por las sombras. Cuando los ojos se acostumbraban, aparecían personas tiradas en el suelo sobre colchonetas o papeles. Las banquetas estaban invadidas. A la luz de un portal abierto se veía salir mujeres cargadas de jarros de atole. Las vecinas habían improvisado una cocina para apoyar la lucha.

En otro portal estaba instalado el aparato de sonido: una madrola enorme y un poco herrumbrada que parecía que iba a volar con la ayuda de una bocina descomunal abollada.

—Ésta es doña Cata— me dijo Ramón y me dejó frente a una mujer de unos 60 años vestida de negro. Me recordaba a las viudas españolas que había conocido rondando por casa, amigas de mi abuela Oliva; mujeres exprimidas como naranjas, con un toque de elegancia en sus cabellos blancos. Pero doña Cata era mucho más cálida.

—¿Y usted viene a esto...? ¿A esto, a la lucha?

Carmina había comprado una cocacola chica de la tiendita de la esquina y me la puso en la mano. Caminamos con doña Cata hasta una gran puerta de metal de la que sobresalía un toldo. Hacía calor, un calor pegajoso a pesar de la noche. Ramón estaba sentado en una silla diminuta, casi de casa de muñecas, con las rodillas levantadas hasta la mandíbula y rodeado de cinco mujeres más, algunas de ellas muy jóvenes.

—A Carmina ya la conocen. Aquí, el compañero Paco vino de la Ciudad de México a colaborar con la lucha de ustedes.

—Siéntese compañero— dijo doña Cata señalando una banca de madera que estaba apoyada contra la pared unos metros más allá. Ella misma caminó conmigo para ayudarme a empujar la banca. Sobre la madera, apoyada en la puerta metálica, y encima de un sarape, dormía un niño de dos años.

—Se me hace que nos vamos a sentar en el suelo —dije.

—Es de Aurora Macías. Ahorita le digo que lo ponga en otro lado.

Los ojos se iban poco a poco acostumbrando a la oscuridad: en las dos banquetas que cercaban la calle estrecha, había más de medio centenar de mujeres.

—Hace calorcito en las noches, podemos dormir aquí —dijo Ramón.

—¿Y por qué guardias tan grandes? —pregunté.

—Para que el pendejo del Pelacas no pueda llevarse la maquinaria. Porque así es de cerrado ese güey.

—Se ve que el barrio jala bien.

—Bien bonito.

—Había que amarrarlo —dije.

—¿Qué se te ocurre? —preguntó Ramón.

—Visitas casa a casa para hablar con los vecinos, en un radio de dos cuadras a la redonda.

—Pueque.

Mientras Ramón discutía con las compañeras del Comité, caminé entre las obreras de Estrella de Oro, haciendo una pregunta aquí, otra allá, fumando un cigarrillo acucillado en el suelo, registrando los rostros de la gente que venía a querer. Había de todo, mujeres jóvenes de origen campesino, muchachas obreras con pantalones rosas y amarillos, cintas en el pelo, y delantales de flores; mujeres de cincuenta años con el pelo chino un poco revuelto y aire de haber salido de una pesadilla. Sólo había tres hombres, uno de ellos un gordo espectacular de casi dos metros, de origen desconocido, que se había instalado en las guardias desde el primer día, y del que Carmina decía que era el novio clandestino de una de las compañeras, tan clandestino que ella no lo sabía. Había sido bautizado como el Mazacote y tenía una guitarra que frecuentemente utilizaba para cantar el *No nos moverán*, canción que le había enseñado Carmina. Los otros dos cuates eran dos pantaloneros de Estrella de Oro, los dos únicos hombres

que había logrado jalar el movimiento. Los demás, capacitados y empleados, se habían alineado con la patronal.

Ramón se acercó al lugar donde estaba sentado en el suelo, enfrente de la puerta de la fábrica.

—¿Entonces, no hay huelga? Yo creí que había huelga —le dije.

—No, estamos inaugurando un nuevo estilo. Las guardias de prehuelga.

—¿Las mujeres trabajan de día y hacen guardias tardes y noches?

—Así es.

—Putas, qué chinga.

—Llevamos así tres días, desde que hizo un intento de despedir a todas las sindicalizadas.

—¿Y la huelga para cuándo?

—El día 2 de junio tiene que estallar.

—Faltan dos semanas.

—Dos semanotas. Pero si dejamos que caigan las guardias nos hunde. Todo está prendido con alfileres.

El Mazacote tomó la guitarra y comenzó a entonar su pieza única. De las banquetas se elevaron las voces. Lo mejor que había hecho Carmina hasta ese momento había sido darle su canción al movimiento.

Me dormí sobre unos periódicos arrullado por el *No nos moverán*.

A las siete de la mañana las compañeras entraron a trabajar, una vecina les prestó su baño para peinarse y lavarse, algunas se cambiaron de ropa. Ramón, Carmina, yo, un par de electricistas que se descolgaron hasta Estrella de Oro en una camioneta de CFE, y algunos vecinos, les

aplaudimos mientras iban entrando. Una muchacha flaquita saluda con los brazos en alto y los dedos formando la V de la victoria frente a la puerta de la fábrica.

Están cansadas, algunas tuvieron que levantarse una hora antes para llevar a los niños a casa de la vecina que se los cuida, o tuvieron que lanzarse a sus casas a preparar desayuno para la familia, y a la carrera volver. Las voy viendo pasar una por una y adivino tras la puerta un reloj checador donde van firmando y poniendo la hora con lápiz, porque el reloj no funciona desde quién sabe cuándo y nomás quedó la costumbre y el tarjetero de metal abajo. Las veo pasar y las voy reconociendo: ésa es la del niño, ésa la que repartía el atole, ésa compañera es la que cantaba el *No nos moverán* a gritos, ésa es la que discutía con otra por culpa de unas tortillas, ésa la que pegó el cartel en la puerta de la fábrica. Al verlas voy perdiendo el miedo, la timidez, la sensación con la que se llega siempre, de que alguien descubrirá que éste no es tu mundo y tendrá derecho a expulsarte. Al verlas se va el vacío y se siente uno en casa, de nuevo.

A las siete y diez, cuando estábamos guardando las colchonetas y las sillas en la parte de atrás de un camión de redilas, el patrón de la fábrica llega en su coche.

—Ahí lo tienes, el mismísimo Pelacas Armenta —dice Ramón reluciente ante la mirada hosca que le dirige el dueño de Estrella de Oro—; ese güey estuvo a punto de ser presidente del PRI en Irapuato, y se la peló porque los patrones importantes piensan que le falta clase. Imagínate qué cuate es, que para que no le pueda meter el diente el fisco, tiene la fábrica dividida en tres, su herma-

no es dueño de la planta baja y aparece como dueño del taller que le maquila a la empresa; y la empresa le vende a sus tres tiendas, las “Tres estrellas”.

El tipo baja la mirada ante la risueña sonrisa de Ramón y se mete a la fábrica con un par de hombres detrás que visten como obreros.

—No se ve tan fiero... ¿Y esos dos?

—El jefe de personal y el capataz. Uno de ellos estuvo con nosotros alguna vez. Son los peores, los que más aprietan, los que saben un poco de sindicalismo. Ves, muchacho, esos son los peores.

El capataz que cierra la marcha se voltea y nos hace un gesto con la mano, que refuerza con la voz:

—¡Mocos, güeyes!

—¡Óigame, puto, venga para acá! —se oye el rugido burlón del Mazacote, que estaba recostado en una pared bebiéndose una cerveza (¡puta madre, una chela fría a las siete de la mañana!)

El capataz duda, apresura el paso y huye al interior de la fábrica. El Mazacote ríe. Su risa es abierta, victoriosa.

Carmina, con unas ojeras tremendas, se acercó a Ramón y a mí que estábamos subiendo un banco a la camioneta.

—Ese tipo es temible.

—Buen aliado —le dije—. Tú sigue enseñándole canciones.

—No se deja. Dice que si le enseño otra se le va a olvidar el *No nos moverán*.

—El patrón, muchacho —dijo Ramón al terminar de subir las cosas a la camioneta—, es amigo del jefe de la

---

**Irapuato mi amor**  
policía, que viene a la fábrica de vez en cuando a tomarse un cafecito y a comprarle pantalones. Son muy cuates.

En la noche hacía calor, ahora tengo un poco de frío. La palabra policía siempre hace que cambie la temperatura.

\* \* \*

El planteamiento táctico de Ramón, del Comité de Huelga y la Intersindical de Irapuato (formada por los comités de otras seis secciones de sindicatos de empresas del vestido) era mantener las guardias durante trece días más antes de la fecha del estallido de la huelga. Legalmente no podían hacer nada, había un emplazamiento por firma de contrato colectivo con el sindicato independiente para el 2 de junio, y las guardias no tenían nada que ver con la legalidad, servían para mantener la presión psicológica sobre el Pelacas Armenta y para evitar que se autosaqueara la fábrica (una historia conocida ya en Irapuato), y sobre todo, para consolidar la sección sindical, darle reciedumbre y fuerza para sostenerse frente a las inevitables agresiones de la empresa y los intentos de atemorizar a las compañeras.

La sección del Sindicato 15 de Agosto había crecido en Estrella de Oro penosamente. Un pequeño grupo al principio, conversaciones en los baños entre las más jóvenes, dificultades tremendas para que las trabajadoras de más edad le perdieran el miedo al patrón y sobre todo al despido. Mucho trabajo de formación sindical del grupo en el local del FAT. Y al final con 46 firmas de 60 trabajadores que había en la empresa, se forma la sección y se elabora un proyecto de contrato. No se pide gran cosa: salarios mínimos, salarios mínimos profesionales, pago

justo de vacaciones, pago de séptimo día, seguro social, permisos sindicales, pago de horas extras. La mayoría de las cosas, obligatorias para la patronal dentro de la Ley Federal del Trabajo. El sindicato nacía para imponer con la organización la legalidad violada.

Aún así, el día en que se formuló el contrato, la mayoría de los rostros de las compañeras preguntaban en silencio: ¿A eso tenemos derecho?

Cuando el 14 de mayo se depositó el contrato en la Junta de Conciliación de Guanajuato, se destapó la lucha. Al día siguiente, el patrón fue notificado y su primera medida fue reunir a las compañeras para asustarlas y luego poner a sus cuijes a correr el rumor de que las iba a despedir y a cerrar la fábrica.

\* \* \*

Durante tres días se mantuvieron las guardias nocturnas, el cansancio comenzaba a notarse en todas las compañeras de Estrella y en los cuatro “agitadores profesionales” que apoyábamos el movimiento; a saber: Carmina, yo, el Mazacote y Ramón. Poco a poco comenzaron a unirse a las guardias de la tarde, electricistas de la sección local del STERM, sobre todo del departamento de medidores. También llegaban comisiones de los otros sindicatos del vestido del FAT en Irapuato. Para el sábado 19 no había guardia que bajara de 100 personas, excepto en las noches, donde seguía firme el grupo de Estrella, con un mínimo de 40 compañeras.

El cansancio se sentía en las caras y en las ropas, que se iban arrugando. Obreras guapas y ojerasas, ma-

---

**Irapuato mi amor**  
dres solteras con sus niños aburridos de jugar en la misma calle todo el día, mujeres endurecidas por la tensión de la espera.

Ramón cruzaba los dedos de las manos y de los pies para que no hiciera frío.

El sábado, mientras me estaba lavando unos calcetines en casa de doña Leo, enfrente de la fábrica, aparecieron los electricistas del departamento de líneas aéreas a ponernos luz. A la mala, sin orden de Comisión Federal de Electricidad y por acuerdo del departamento pusieron unos ladrones, que por cierto sacaron de la empresa, y nos dejaron la calle Lerdo de Tejada mejor iluminada que un arbolito de Navidad. Se fueron riendo, diciendo que ya vería el cabrón ese cuando le llegara la cuenta de la luz de ese mes.

Habíamos estado volanteando un llamado a una manifestación para el martes 22 y el Comité de Huelga y la Intersindical tenían un plan de acción bastante tupido para los últimos diez días de la prehuelga.

En ésas estábamos cuando la noche del sábado llegaron los trovadores.

Yo estaba sentado en el suelo (un hábito nuevo adquirido en aquellos días), habían llegado compañeros de la Cooperativa de Cine Marginal del DF para cambiar las películas que todas las noches proyectábamos, y luego nos habíamos escapado media hora de las guardias para ir a caminar por la ciudad. Luego se fueron, llevándose a Carmina para que se reportara en casa de sus padres y pudiera regresar para la manifestación.

Ramón se había ido a una reunión de la Federación en León y todavía no regresaba; y ahí estaba yo a las dos de la mañana, rodeado de un montón de compañeras dormidas (Ángela Ríos estaba cantándole una canción de cuna a un niño de tres meses y cosiéndose una blusa a unos tres metros de mi pedazo de banqueta), leyendo una novela de Massetti, aprovechando la iluminación que nos habían instalado los del STERM, cuando los trovadores aparecieron virando la esquina. El de atrás venía cargando un contrabajo y los otros dos traían sus guitarras acunándolas en los brazos.

—Buenas noches, señor —dijo el primero de la guitarra—. Aquí, presentes, *Los Trovadores Solitarios*.

—Buenas noches.

—Venimos a traerles serenata a las señoritas de la huelga.

—No, todavía no hay huelga —dije.

—Pero sí va a haber.

—Se me hace que sí.

El del contrabajo ya se había acomodado y sin darme tiempo a detenerlo comenzó a darle, seguido por los dos guitarristas. Tocaban boleros románticos: *El reloj, La copa rota, Nosotros...*

*Los Trovadores* trabajaban en un burdel a unas pocas cuadras de allí, y habían decidido solidarizarse. No estaba mal. No estaba mal la serenata, aunque me preocupaba que poco a poco se descolgara a las guardias nocturnas la mitad de la zona roja de Irapuato, que estaba muy cerca de la fábrica. No fue así, y sin embargo, a partir de ese momento, fieles como el caballo del Llanero, *Los Trovadores Solitarios* dieron serenata todas las noches.

Eso aumentó las ojeras y el cansancio, pero subió la moral.

\*\*\*

En Estrella de Oro los salarios son de 90 pesos semanales, casi un tercio de lo que les correspondería si se pagara el salario mínimo a que tienen derecho las costureras en la zona económica 54, según se lee en cualquier manoseado ejemplar de la Ley Federal del Trabajo de los que circulan de mano en mano por las guardias, y que obligan a que los léidos se la pasen explicando el “qué querían decir cuando dicen” los legisladores mexicanos. Lo jodido es que, por la mitad de ese dinero, podía contratar Armenta toda la mano de obra de Irapuato. Eso, si acababa con la organización.

El lunes, el patrón hizo la primera oferta: un mes de sueldo de indemnización y a la calle. Nadie aceptó esa miseria. Las compañeras de Estrella comenzaban a sentir su fuerza. Esa noche, una compañera chaparrita, en su media lengua me contaba cómo la fábrica por dentro era muy diferente.

—Entonces él nos mira gacho. Y nosotras nos miramos primero unas a otras sin dejar de trabajar, y luego lo miramos gacho a él. Y él dice: “Quiero hablar con ustedes una por una”. Y nosotras gritamos: “Todas, todas juntas.”

Y así se sostenía la cosa mientras esperábamos la manifestación.

El martes a las cinco de la tarde, comenzaron a juntarse. Estaban las compañeras de Estrella, todas, puntualitas; también las de Delta y Tauro, las de Roble, Titán y Holliday. Habían ido los electricistas y los compañeros

---

**Paco Ignacio Taibo II**  
del Movimiento Sindical Ferrocarrilero con don Tomás Bárcenas al frente. Y había además gente a la que no conocíamos, familiares de obreras, chavas de otros talleres, un grupo de estudiantes de Celaya. Como 800 personas. Antes de arrancar, ya era la manifestación más grande que se había hecho en toda la historia de Irapuato. Mucho más grande que la de apoyo a Blanco unos meses atrás.

\* \* \*

Quedaban once días antes del estallido de la huelga y el Comité decidió apretar las clavijas a Armenta. El miércoles 23 de mayo se hizo dentro de la empresa un paro de quince minutos, en la tarde salieron brigadas con electricistas y compañeras de Estrella a repartir propaganda por los barrios. El jueves faltaron las compañeras más productivas de cada línea, de manera que se descargó la producción y no se trabajó apenas en la fábrica. Y el viernes 25, Armenta contraatacó.

A las tres de la tarde, cuando la guardia era más chica por la hora de la comida, se paró enfrente de la fábrica un camión con un licenciado, un actuario y tres matacuaques; con ellos estaba el hermano del patrón. Querían sacar algunas máquinas que dizque eran del hermano y toda la producción que estaba en el almacén. Ahí se vio bien Agustina. Se puso enfrente del portón y dijo que como se estaba en periodo de pre huelga, no salía nada. Otra compañera comenzó a tocar las puertas de los vecinos de la calle Lerdo de Tejada y otra más se fue al teléfono a llamar al sindicato, a las fábricas donde había organización del FAT y a la subestación de los electricistas.

El licenciado se las hacía de inteligente, y mientras le daba a la lengua, ordenó a los del camión que comenzaran a sacar las cosas.

Yo estaba comiendo en el mercado, y de repente una camioneta de la Comisión Federal de Electricidad se paró enfrente y unos cuates comenzaron a gritarme:

—¡Quieren saquear Estrella!

El secretario de la sección había mandado a Estrella de Oro tres camionetas con todos los de líneas aéreas, que eran los que podían salir de la planta sin permiso.

Cuando llegamos, la calle estaba llena de gente. Había delegados de las fábricas del vestido, y en la entrada, la señora de la lonchería mantenía al licenciado a raya con un picahielo.

—Voy a traer a la policía, señora, me esta amenazando con un arma blanca.

La raza de la colonia comenzó a chotearlo. Los niños les aventaban piedritas a los del camión. Nos abrimos paso entre la gente. Ramón llegaba desde el otro extremo de la cuadra.

—Pero qué le pasa, licenciado, ¿qué no ha leído usted nunca la Ley Federal del Trabajo? —le dijo llegando.

Con eso terminó de cuartearse el tipo. Al fondo de la cuadra había dos patrullas, nomás por eso la raza no hizo mierda el camión con todo y el hermano de Armenta dentro.

Mientras los del camión huían, la raza bailaba en la calle. Alguien sacó el sonido, y celebramos con música de la Sonora Santanera la derrota del grupo motorizado de Armenta. Ahí nació también uno de los gritos que se hicieron famosos en Irapuato en aquellos días:

—¡Armenta, Armenta, todo el mundo te la mienta!

—¿Le subimos la presión?

—Se la subimos.

Comenzamos a sacar diario un comunicado de la lucha de Estrella. Se repartían 8 mil ejemplares. Se hicieron mítines enfrente de las tiendas de Armenta y en los talleres chicos. Un grupo de compañeras visitó casa por casa a los vecinos de la calle Lerdo, dos cuadras para arriba de la fábrica y dos para abajo, para informarles de la lucha y agradecerles la solidaridad. En las noches, se pasaba cine, proyectándolo en una pared blanca al lado del portón de Estrella.

Si las compañeras estaban cansadas de trabajar ocho horas, luego salir de brigada, luego dormir en la calle frente a la fábrica, no se notaba. Todo el mundo andaba en chinga.

El 31 se jugaba la final de la Segunda División: Irapuato contra Morelia. El Comité decidió que al final del juego se organizara una segunda manifestación.

Desde las cuatro de la tarde se comenzó a organizar la columna. Ahora habían venido electricistas de Pénjamo y de La Piedad, y un grupo de cincuenta compañeros del DF, todos con banderas rojinegras. Carmina había inventado un sistema para hacer ruido: botes de aceite que nos regalaron en la gasolinera, con piedritas adentro. Al batirse parecía que las calles de Irapuato se venían abajo. La columna estaba lista cuando comenzaron a salir los que estaban en el partido, y aunque el Irapuato perdió (y se quedó en Segunda División), una parte del público se vino en manifestación con nosotros.

En la mañana, el jefe de policía había visitado la guardia frente a la fábrica. Que si teníamos permiso, que

podía haber provocaciones, que si no podíamos hacer escándalo... Una compañera le recordó que él iba seguido a la fábrica a comprar pantalones y a tomar café con el patrón, pero que nunca había ido a las guardias. Que tan de Irapuato y tan mexicano era el patrón como ellas. Que si quería meter a la cárcel a alguien, que metiera a Armenta, que no pagaba el sueldo mínimo.

Yo no sé si sirvió para algo, pero la policía no dio la lata durante la manifestación.

Al llegar a la plaza, se habían juntado como 1,500 personas. Íbamos de gane.

Catita se subió al camión de redilas, se acercó al micrófono sin atreverse a ver a la raza. Abajo estábamos en silencio. Ella estaba vestida de negro, el pelo gris apretado en una trenza.

—Los ricos siempre ganan porque somos muy menso. Nosotros somos más que ellos y queremos justicia —dijo gritando.

Y entonces comenzamos a sonar los botes con piedras y la gente a gritar: “¡Justicia, justicia, justicia!”

El día dos, Armenta se dobló y firmó el contrato colectivo con la sección Estrella de Oro del FAT.

Esa noche, antes de regresar al DF, me tomé una cerveza con el Mazacote, que estaba todavía muy ronco por los gritos de la manifestación y andaba triste porque ya no había guardias. Si la teoría de Carmina era cierta y estaba enamorado en secreto de una de las compañeras, nunca lo pude saber.

### III

## LA INUNDACIÓN (18-25 de agosto)

La imagen se había trocado, el júbilo se había transformado en esta cabrona desolación.

Casi todas las tiendas están cerradas, algunas con la cortina metálica doblada como por el puñetazo de un gigante. Las calles llenas de cascajo y olor a animal muerto. Sorteando el lodo caminas hacia el local sindical. Por todas partes hay letreros en los que se pide a los habitantes de Irapuato que no tomen agua. Brigadas de la SOP recogen basura y van despejando las banquetas. Las casas, curiosamente las casas de las esquinas, son las que han recibido la peor parte; casi ninguna permanece en pie. Faltan puertas y ventanas de otras, techos hundidos.

El local sindical está destrozado. Su destino ha sido ser arrasado por una fuerza mayor que la de la peor represión: las ventanas están rotas, el salón de reuniones derruido, un muro caído sobre el patio, los archivos convertidos en una masa de papel y lodo, el mimeógrafo destrozado, los escritorios volteados.

En el centro de uno de los cuartitos, hay cajas con comida, es lo recolectado por sindicatos del DF. Algunas compañeras te saludan mientras reparten en cajas más pequeñas los alimentos, formando pequeñas despensas: un poco de arroz, un paquete de frijoles, latas de leche, una botella de aceite, una caja de galletas Marías. Nadie sonríe aquí. El 18 de agosto, una ola de dos metros y medio pasó por la ciudad de Irapuato arrasando, destruyen-

do todo. Las presas de La Gavia, La Llave y El Conejo se habían desbordado. Niños que jugaban en las calles fueron arrastrados, las calles barridas por una fuerza feroz que no respetó a nadie y que se ensañó con las viviendas populares. Un ciclista voló por el aire y sus restos se encontraron al día siguiente a diez cuadras de donde estaba. El agua entraba a raudales por las ventanas, las casas de estructuras más dóciles se derrumbaron con sus habitantes dentro.

Unas horas antes el presidente municipal había hablado por la radio llamando a la calma, nada iba a pasar, sólo eran rumores lo de que podía haber una inundación. El jefe de la zona militar lo confirmó. Todas las autoridades habían jurado que las lluvias no harían mayor daño, que todo estaba en calma.

Luego, llegó la ola. De repente, el fragor de la muerte en la tarde tranquila.

Toño el electricista me cuenta que subió a su familia a la azotea, mientras el agua desbordaba los vidrios de su casa. Que en el patio murió el perro. Amalia dice que una compañera sindicalizada trató de sacar al niño de la cuna y bajó corriendo de un segundo piso y que no la volvieron a ver. Ernestina, con los ojos secos y enrojecidos, me cuenta que vio cómo un borracho que estaba apoyado en una pared fue tragado por una alcantarilla.

La gente reaccionó rápido. En la noche se había tomado una escuela de monjas y el campo militar, y se trataba de improvisar un campamento. Al día siguiente las autoridades los sacaron de allí.

Los primeros grupos de apoyo fueron creados por los electricistas de la sección local del STERM, dirigidos por Juan Pérez, y luego por los sindicatos del FAT.

La burocracia y la ineptitud paralizaban a las autoridades, que no sabían qué hacer. La especulación se desató. Los precios subieron diez veces en un día. Un pan Bimbo costaba 40 pesos, un kilo de tortillas 12 pesos, un huevo, 4. En la tienda de la Conasupo se vendía a esos precios de afrenta.

En las calles se hablaba de linchar al presidente municipal y al comandante de la zona militar.

Una comisión presidencial llegó con promesas y calmó parcialmente los ánimos. Se creó un plan de emergencia apoyando a los “sectores más dinámicos, las fuerzas vivas de la población”. Los industriales hicieron su agosto. El plan les ofrecía exenciones de impuestos, créditos fáciles. En escasos días se produjeron los cierres de las empresas, quiebras fraudulentas. Titán, donde había sindicato del FAT, cerró; Estrella de Oro cerró a pesar de que la maquinaria estaba en un segundo piso y no se había dañado. Armenta dio trabajo de limpieza a los trabajadores no sindicalizados. Obreras activas sindicalmente fueron despedidas en Delta, Tauro y Holliday aprovechando reajustes de personal. Se dejaron de pagar salarios mínimos.

Mario me cuenta cómo la ola venía precedida por un estruendo terrible, y cómo después que pasó, se hizo un silencio total, un silencio que a él le hizo pensar que todos estaban muertos.

Camino por las calles rumbo a las afueras de las oficinas del Infonavit donde el FAT ha organizado un mitin.

Sorteo escombros: colchones a media calle, un coche volteado, lodo por todos lados. Quedan grandes charcos de agua estancada. El sol brilla de nuevo y eso me parece absurdo.

El mitin ha sido convocado para denunciar la ineptitud de los funcionarios de Indeco e Infonavit, que no han movido un dedo para iniciar las tareas de reconstrucción. Los sindicalistas exigen que se libere de cuotas del Seguro a los trabajadores, que la parte de la vivienda se cargue a los patrones, que se simplifiquen los trámites burocráticos.

Alfredo Domínguez, el secretario general del FAT, está trepado en el techo de un automóvil. En torno suyo hay casi un millar de trabajadores, en su enorme mayoría electricistas y costureras.

—...Y si no pueden, y si los patrones no pueden sostener sus empresas trabajando, si no son capaces de continuar la producción, ¡que nos las entreguen a los obreros, que nosotros sí podemos!

A mi lado, Carmen aplaude. Se ha quedado sin casa, su hija más pequeña está enferma de disentería, en la fábrica han querido rebajarle el salario a la mitad.

—Esa pinche ola era patronal, Paquito. Ve, hasta las olas son burguesas aquí en Irapuato —me dice.

## IV RAMÓN (1973-1975)

Ramón fue el cuate que me dio mi primera lección irapuatense. Me dijo:

—Póngalo lejos de la pared, por aquí, a medio cuarto, porque hay muchas arañas.

Tenía un par de años más que yo cuando mucho, pero medía 10 centímetros más y estaba en su lugar. Había sido pantalonero en la industria del vestido, y en aquel año, era además de secretario de organización del Comité Nacional del FAT, el permanente de aquella zona. El responsable del trabajo de organización y educación sindical. Sonreía con facilidad, mostrando un diente de oro. Ceceaba un poco al platicar, y había adquirido la mala costumbre de “muchachearme.”

Ramón me mostró el Irapuato de los talleres, en largos paseos, en conversaciones que podían durar la noche entera con dos Lemon Crush por cabeza como única compañía. Cuando estaba cansado se acariciaba el pelo chino y decía: “Ves, muchacho, ves.”

Los “militantes cometa” éramos bien recibidos en aquellos días en los que el movimiento trataba de romper el aislamiento brutal de fines de los 60 y se integraba a golpes, animado por las movilizaciones combinadas de electricistas y ferrocarrileros.

Ramón me prestó un catre y me enseñó el lugar donde había que ponerlo, a mitad del cuarto del mimeógrafo, para que las arañas que subían por la paredes no estorbaran el sueño. También me dio las llaves del local de la Avenida Guerrero 1005. Una casita de planta baja con un largo pasillo para las reuniones sindicales, para terminar en un patio con plantitas silvestres que crecían en los agujeros del cemento, donde se celebraban las asambleas bajo un techo de láminas acanaladas.

Con Ramón caminé por el Irapuato iceberg, y él me mostraba lo que yo nunca hubiera podido ver:

—¿Ves, muchacho, ves? Allí hay un taller. Tres, cuatro chavas y un capataz patroncete, que ni dueño de su vida es el pobre güey. Las máquinas son prestadas, la materia prima se la dan, y él la maquila lo más barato posible, para que el patrón de un taller grande que fue el que le dio el trabajo, le prestó las máquinas y le dio la materia prima, se la vuelva a dar. ¿Ves, muchacho, ves?

Y yo preguntaba si eso no era irracional, antieconómico. Y él me revelaba los mecanismos. El patronato de taller familiar no pagaba salarios mínimos, no pagaba el Seguro Social, evadía impuestos, sus trabajadores no tenían antigüedad, no cobraban el séptimo día, si había trabajo se los daba, si no, que se murieran de hambre por ahí. Eran la reserva de la industria, los satélites de una industria poquitera que dependía a su vez de las industrias de las ciudades grandes, quienes la usaban como maquiladora.

Ramón conocía a todos, a los capataces de los talleres familiares que habían sido trabajadores antes, a los patrones de las fábricas, al charro de la CTM, Martín Montaña, que estaba metido en algunos pequeños negocios. Yo pensaba en aquellos días que aquel conocimiento familiar, que el tener que saludar a los “enemigos irreconciliables de la clase obrera”, conducía sin duda a un sindicalismo conciliador, bonachón, pactista; que los malos eran malos y no había ningún motivo para saludarlos en la calle. Yo tenía una lógica de gran ciudad, Ramón vivía la realidad de Irapuato. Después de la inundación dejé de verlo por unos meses. Luego, filtrada, me llegó la noticia de que estaba quebrado y me negué a creerlo.

Cuando regresé a Irapuato, no se hablaba de Ramón en los ambientes sindicales, era como una mala palabra su nombre. Me costaba trabajo enterarme de qué había pasado. Por ahí fui pescando detalles, historias sueltas, algunas contradictorias. Que Ramón se había visto muy mal pactando con la patronal cuando se reabrió Holliday después de la inundación, que lo habían criticado muy duro y él se había marginado, que se había separado de su esposa y se había ido a vivir con una chava de la fábrica, que había aceptado empleo como vendedor de ropa de uno de los patrones contra los que antes había luchado, que se iba a ir a San Luis Potosí a trabajar de capataz.

Para llegar a su casa, una noche, recorrí un barrio oscuro; me perdí una docena de veces, al fin encontré en una vecindad, la puerta del cuartito que estaba buscando. Ramón salió a recibirme sin camisa; en su casa no había ni café, y ya no miraba de frente. Era el mismo, pero triste, se había quedado sin gente, ya no era de nadie.

—Chinga, muchacho, de un lado te avientan puro cebo, y véngase para acá, que aquí tiene un buen empleo, y va a ganar buenos billetes, pero lo que quieren de ti, es que les sirvas como un perro, que lo que aprendiste como sindicalista lo uses ahora para controlar a los trabajadores. De otro lado te hacen el vacío, te voltean la cara cuando cruzas con ellos por la calle, casi te escupen. Bueno, a lo mejor cometí errores, pero nunca traicioné al sindicato.

Yo le dije que tenía que volver al sindicato, que si no, se lo iba a cargar la chingada. El decía que sí con la cabeza, luego decía que no.

Desde entonces, no he vuelto a verlo.

V

**BURGUESES Y PROLETARIOS (1972-1975)**

Si alguien inventó esto, tenía sin duda muy mala fe. El capitalismo poquitero de Irapuato se levanta sobre la explotación fiera de tres mil obreros en su enorme mayoría mujeres. Nunca me he enterado cómo se produjo este fenómeno, si nacieron las fábricas del vestido y sólo había trabajo para mujeres, con lo que los hombres emigraron; o los hombres habían emigrado y había muchas mujeres que podían trabajarle barato a los fabricantes de ropa. Tampoco sé si el impulso “creador de la industria” vino del DF o de Guadalajara, los centros cosmopolitas de esta triste colonia industrial. Sé cómo es la industria, porque la he visto, me he metido en las fábricas, en los talleres; he visto a los patrones sentados en las mesas de negociación o en los despachos, me han señalado sus casas, me han mostrado sus propiedades, he visto a las puertas del taller su coche, y he entrado en sus tiendas; les he tomado fotos, y a uno lo vi de cerca, de cerquita cuando trató de atropellarme. He visto a las muchachas, a las mujeres, a las niñas de la industria del vestido, he tomado atole en sus hogares, y las he acompañado en asambleas; he visto sus violentas discusiones con maridos y padres, he bailado con ellas en fiestas, y las he acompañado a botear por las calles polvorientas.

Sigo sin saber cómo nació la industria del vestido en Irapuato, que da empleo a estas tres mil trabajadoras,

y es, junto con la industria temporal del envasado de frutas, el centro fabril de Irapuato.

A cambio, puedo contarles cómo es una fábrica por dentro, cómo el gran galerón suele tener un tapanco para las oficinas al que se asciende por una escalera metálica de caracol, pintada de verde brillante, rojo escarlata o negro, de acuerdo a la estética del patrón en turno. Puedo contarles cómo en el gran galerón hay enormes mesas en las que trabajan los cortadores, destazando hábilmente los fardos de tela de acuerdo a los moldes. Cómo ante las máquinas de coser, frenéticas, hábiles manualmente como pequeñas japonesas, se afanan las compañeras enhebrando, dirigiendo la aguja mecánica que remata, pega bolsillos, hace costuras. Las operaciones están rigurosamente fragmentadas, luego siguen las que hacen ojal, o las que manejan las máquinas que ponen botón. Por los pasillos circulan los capataces, (“carne de nuestra carne nomás que volteada, los hijos de la chingada”). El ayudante general transporta las pilas de pantalón terminado a la bodega en un diablito. El patrón en la oficina observa y domina desde la ventana.

Hay media docena de fábricas así. Esto sería, a escala de Irapuato, la gran industria. Seis o siete fábricas que tienen entre 400 y cincuenta trabajadores, se llaman Holliday, Titán, Maquilas del Bajío, Maquilas Populares, Ropa Acero, Infantina y Estrella de Oro. Sus dueños son los Tomé, comerciantes sirio-libaneses que han prosperado y forman la “gran burguesía local”, los Barba, y luego, a bastante distancia, los Armenta, los Pancho Guerrero, Costa Elías, nombres de comerciantes a los que los

primeros consideran como advenedizos, como recién llegados a la gloria y a la tradición industrial.

Tras este primer escalón, sigue una mediana industria integrada por 20 o 30 talleres que ocupan de 10 a 50 trabajadores, los más conocidos se llaman Boston, Delta, Tauro, Roble, Austin. En el tercer escalón, un centenar de talleres familiares, en el que trabaja un máximo de 10 obreras, sin registro, sin razón social, con un par de máquinas viejas y un trabajo irregular.

La palabra es maquila, producir para otros, sacar el producto, no poner la marca, realizar alguna operación fragmentaria. Así nacieron, para desahogar las necesidades de las grandes marcas de pantalón, para resolver una necesidad temporal. Producen ropa que no tiene marca, las etiquetas se la pondrán en otro lugar, ellos trabajan para fabricantes. En origen fueron comerciantes, dueños de cadenas de ropa como Mercado de Ropa Titán, tiendas Tres Estrellas de Oro o El Remate, y terminaron convertidos en industriales migajeros de la industria de a deveras. Y con esto, la permanente fluctuación del mercado, la competencia desleal entre los maquiladores, la “necesidad” de sacarle el jugo a la mano de obra, única manera que tienen de ser competitivos en un mundo en el que mandan otros.

Y ahí, con sus exenciones de impuesto o de agua, sus salarios abajo del mínimo, sus máquinas viejas, sus instalaciones de lámina y cartón, fueron levantando una industria que nunca renegó de sus orígenes, y que si bien se consolidó y pudo hacer algunos negocios brillantes (como maquilar para los Estados Unidos, o sacar una lí-

nea de productos que llegó directo a las grandes cadenas comerciales del DF), siempre se mantuvo con su cordón umbilical ligado a la gran industria pantalonera externa a Irapuato.

En 1973, los salarios se encontraban en la industria del vestido de Irapuato por abajo del mínimo en un 40%, no se pagaban salarios mínimos profesionales, el destajo imponía jornadas de hasta 12 horas, abundaba el trabajo infantil, no había Seguro Social, la eventualidad en el empleo era la norma.

Y si esto sucedía en las fábricas y los talleres, mucho peor era la situación de las mujeres en los talleres familiares; nacidos como satélites de las empresas mayores, vivían a su sombra. Trabajaban las sobras de la industria con una máquina vendida a plazos por vieja, con hilo, cremallera y tela prestados, y con una mayor presión aún sobre sus empleadas, combinando la estructura familiar (que permite la existencia de tres capataces en una empresa donde trabajan seis personas), con la dependencia de la industria.

El sujeto de esta “aventura industrial”, de este “progreso” social, que transforma a Irapuato de una ciudad agraria en una ciudad fabril, eran cerca de tres mil mujeres, una buena parte de ellas llegadas de Moroleón, Apaseo, Pueblo Nuevo, Valle de Santiago o San Felipe. Mujeres sin hombre, que ingresaban a la industria a los 12 ó 15 años, que desarrollaban una gran calificación prácticamente artesanal y que eran desechadas cuando cumplían los 40.

Si los burgueses de Irapuato son un triste remedo de la burguesía de las metrópolis industriales de México, las obreras de Irapuato son parte de una clase endurecida que aborrece el trabajo y ama la vida.

Visten con una gracia especial, su relación con la industria del vestido les ha cultivado el gusto por la ropa moderna, por el color, por el corte novedoso. La salida de la fábrica es un momento en el que al sol brillan los pantalones azules, amarillos y blancos, las blusas rayadas y floreadas. Esta alegría de sus estampas tiene algo que ver con su fuerza, son las que llevan la comida a la casa, las que trabajan. Por eso sus relaciones familiares suelen ser conflictivas. Una parte de ellas viven con sus padres y juegan el papel de hijas y jefes de familia. Esta relación, que se traduce en términos de libertad personal, resulta chocante en una sociedad conservadora como la de Irapuato, y tienen que sostenerla no sólo con su trabajo diario, sino también con un choque continuo de opiniones de familia.

Otra parte importante del conjunto de trabajadoras viven solas y son madres solteras. Sometidas al asedio sexual de capataces y patrones, de hombres de paso que recaen en la ciudad entre trabajos de braceros, las muchachas de Irapuato tienen hijos que las atan brutalmente a la necesidad de sostenerse en la industria como obreras. Berta, hace años, en una conversación sobre este tema, estimaba que el 50% de las obreras de Irapuato eran madres solteras.

Con una patronal que vive de los márgenes de la superexplotación de la mano de obra, en una sociedad

donde los hombres son pocos y en su mayoría forman parte del bando enemigo (bien como patronos o capataces que explotan y agreden sexualmente, bien como padres excampesinos que tratan de someterlas a normas de conducta antidiluvianas), con la fuerza que les da saberse obreras, con la carga de hijos cuya crianza difícilmente pueden compartir y que las invitan a sostener la seguridad en el empleo; con esta libertad que da la miserable raya semanal, cuando las muchachas de los vestidos alegres se deciden a luchar, a arriesgarlo todo, se convierten en lo mejor de esa ciudad, forman parte de lo mejor de este país.

## VI

### LAS HORMIGUITAS Y LAS SECUESTRADORAS (Abril 1975)

Yo sé que no era muy serio pero aquello me seguía recordando las invitaciones infantiles a ir a dormir a casa de un amigo. La perspectiva de que nos dieran chance de jugar a la selva y poner una tienda de campaña en el jardín, o siquiera montar unas mantas y unas sillas en la sala, y que nos dejaran llevar víveres al interior de la casita.

De alguna manera tenía el mismo aire infantil, el mismo sabor de aventura sin riesgo. Me reía un poco de mí mismo por esta sensación, mientras cargaba el catre por la Avenida Guerrero a las seis de la tarde, a la única hora que aquello parece una calle de ciudad y no un accidente de asfalto. El Mario, que es bastante más fuerte que yo, llevaba el catre sobre la espalda y venía leyendo un periódico sosteni-

do con la mano libre, por eso se iba quedando atrás. Hacía calor, Toño (Velázquez, el responsable del FAT en Irapuato, un obrero del calzado al que había conocido en Cuernavaca dos años antes) nos dijo que podíamos ir sin cobijas, que con las chamarras y la ropa normal bastaba. De cualquier manera yo llevaba otros calcetines en el bolsillo porque me acordaba de un frío jijo de mala madre que había pasado hacía diez años en un campamento que hicimos en Atotonilco, del que había sacado la lección de que, si los pies se humedecen con el sudor del día, en la noche se congelan por la humedad, y que un tipo sabio es aquél que se cambia los calcetines sucios a la hora de dormir, y que si es más sabio se los pone arriba de los limpios.

Siguiendo las instrucciones, dimos vuelta a la avenida y nos metimos por los baldíos del fraccionamiento cortados de vez en cuando por las luces de casas de dos plantas, que inauguraban la estampa de la que por entonces se estaba construyendo como la burguesía media de Irapuato: profesionistas, ingenieretes, comerciantes prósperos. La fábrica estaba iluminada por las hogueras del baldío de enfrente donde estaba el campamento de las hormiguitas de Delta.

Un novio, aprovechado de la situación de la pre-huelga, rasga una guitarra acostado sobre el regazo de una muchacha flaca. Una madre desconfiada aprovecha para garantizar la seguridad de su hija con un viaje para llevarle la cena en una olla. Dos compañeras muy jóvenes, diminutas, le echan ramitas a la hoguera. Por la ventana de la casa anexa a la fábrica (“total de las dos una, y así me levanto a explotar a las muchachas y luego nomás camino

dos pasos y me voy a echar una siesta”) los ojos del patrón invisible, pero adivinable, nos otean.

“Ya llegamos, muchacho”, susurra Mario en una voz muy suave mirando hacia la casa del patrón, “y en la noche nos vamos a entrar a tu recámara y jalarte los huevos con las manos bien frías”.

—Calmado, loquito, que luego nos atrae la idea, y jodemos todo el trabajo que están haciendo las compañeras. Puro terror psicológico, nada de terror real —le digo.

—Ya llegaron los refuerzos.

Una compañera aplaude. El que rasguea la guitarra, güevón, apenas alza la cabeza.

Son 17 mujeres y tres hombres los que han decidido hacer guardias frente a la fábrica todas las siete noches que faltan hasta que llegue el momento de la huelga. En las mañanas se trabaja, en las tardes la comisión se reúne con el patrón a discutir el proyecto del nuevo contrato colectivo, y en las noches, para mantener la presión, y no vaya a ser la de malas y trate de auto robarse la maquinaria, guardias.

Parece que no sólo yo traigo mis recuerdos de infancia hasta el baldío. A diferencia de las tensas jornadas de la lucha de Estrella, las muchachas de Delta viven de una manera similar a la mía estas guardias nocturnas. Son como una fiesta en una vida rutinaria y dura de obreras de la confección. Son divertidas las bromas, y la hoguera, y el dormir en bola, las risitas que no cesan hasta las tres de la mañana, y las desveladas canijas que hacen que se entre a trabajar con las lagañas clausurando los ojos y el cuerpo guango y una sed enorme y una necesidad de co-

---

**Irapuato mi amor**  
mer chocolates a toda hora. Y hay fiesta en controlarle al patrón la vida. Ahora el pendejo está cenando, y ahora disque está viendo la tele, pero no sabe ni qué programa está viendo porque está preocupado por nosotras, y ahora está pensando en lo que dirán sus amigos cuando vengan de visita el sábado, porque está quemante que tus obreras te tengan cercado, rodeado mañana y noche; y que está feo el que corra el rumor de que eres topillero y que a lo mejor te quieres llevar la maquinaria, y eso es de patroncitos rastacueros, no de empresarios en ascenso, y ahora el pendejo quiere lavarse los dientes pero no tiene pasta de dientes y le da pena salir porque sabe que cada vez que sale de su casa, un run-run de burlas y rumores lo acompaña los diez primeros metros, y si sale en coche, pues mientras abre la puerta del garage se escucha un chiflido, una risita ahogada.

Total, que las hormiguitas traían jodido al patrón de Delta, y nosotros obsesionados por los problemas de encontrar nuevas formas de lucha, y por el rollo que hay que compartir con la raza todo, en vista de que no podemos compartir lo principal que son las horas dentro de la fábrica, pues ahí estábamos con nuestros catres.

Primer problema: Dormimos en bola, o de un lado las mujeres y de otro los hombres. Y es que esas cosas absurdas, para las muy serias situaciones de una pre huelga, no podían dejarse de lado viendo aquellas muchachas de 15 y 18 años, que no terminaban de perder la adolescencia, y sin embargo varias eran madres solteras, que asumían gozosamente su condición de obreras, orgullo-

samente su condición de sindicalistas de primera línea, y distraídamente su condición de niñas.

Segundo problema: ¿De veras venimos a cuidarlas? Y de rigor, aparte de organizar una escuela sindical de ocho a nueve, además, en nuestra situación de machos, ¿venimos a cuidar a estas niñas y mujeres que han sobrevivido al canibalismo de una ciudad sin hombres, de una ciudad de capataces violadores y de policías?

Allí está Toña, la regordita, dirigente de la sección sindical, con sus pantalones azules y su sudadera de Acapulco, y más allá vestida de rosa con trenzas, “la hormigueta”, y un poco más allá una frondosa compañera que nos mira con malos ojos. Curiosa situación, ésta en la que termina uno vigilando su virginidad y no protegiendo la ajena, en la que parte del compromiso es involucrarse emocionalmente con esta gente espléndida, y la otra parte es no involucrarse en particular.

Yo tengo menos problemas que Mario, junto con mi catre, desenvuelvo un tono paternal que me permite quererlas a todas, sin tener que seducir a ninguna; que me permite el coqueteo fraterno, el dejarse admirar, el compartir y el transmitir calor.

No sé que será mejor, si esto o la desesperación del Mario, que no está acostumbrado a los harenes sindicales. El que tenga una respuesta que tire la primera piedra, el que sepa cómo luchar en un mundo de mujeres en su triste condición de hombre, que escriba el primer recetario de cocina. Total, que el catre se coloca en el centro de la bolita, y el otro a unos metros, bajo un árbol que solitario cuida el centro del baldío frente a la fábrica-casa del patrón.

—¿Y se van a quedar todas las noches? —pregunta “la hormiguita” que me escoge como consultor.

—Mientras duren las guardias.

—Bravo, bravo —dice la Toña.

La mamá de una de las muchachas se acerca con evidente intención de encargarnos a su hija y sale trasquilada cuando la embarcamos a que nos deje usar su baño porque es la que tiene la casa más cercana, como ocho cuadras nada más, y sí cómo no, muchachos. Pero fíjese señora que a lo mejor va a ser mucha molestia, que a lo mejor en la noche. Y ustedes no se apuren, que yo les doy la llave y mi hija les dice todo, y qué bueno que están aquí, porque ayer las muchachas se asustaron mucho porque llegó una patrulla.

Y sí, había llegado una patrulla el primer día de las guardias porque una de las compañeras le había estado tirando piedritas a la ventana del patrón de dos de la mañana a tres y media, y los tiras llegaron como siempre, altaneros, hijos de la gran chingada, confianzudos, prepotentes, machos hasta las ganas de caparlos, a meterle miedo a las hormiguitas y si no fuera porque la Toña se fajó los pantalones, y doña Beatriz, una mujer de 40 años, avejentada y dura se les puso enfrente y se les quedó mirando gacho, quién quita y a lo mejor, quién quita y a lo peor...

Total que ahí estábamos el Mario y yo, el papá de Chela, un campesino viejo y malicioso con todo y mache-te, y el novio de la Lola.

Alrededor de la hoguera, el chacoteo, caminando unos pasos más allá, el silencio, ese silencio sólido que sólo se encuentra en las afueras de una ciudad, que se

enardece en contrapunto con el suave y lejano ronroneo de los automóviles a 20 cuadras de allí. El silencio que percibo en toda su intensidad cuando voy a mear en una zanja en la oscuridad del baldío.

El chacoteo, cuando regreso. Primera victoria: el patrón apaga las luces de la sala, pero su sombra vigilándonos se recorta contra el vidrio de la recámara. Primera derrota: me veo obligado a cederle el catre a doña Beatriz, que se niega, sobria ella, me desarma cuando dice:

—En la lucha sindical todos somos iguales, ¿qué no, compañero?

—Pues sí, pero en las dormidas unos tenemos los huesos más duros y otros más blanditos, ¿qué no, compañera? Y sonrío, y acepta.

La Hormiguita que me ha tomado bajo su protección, supongo que porque en la noche tiene pesadillas y espera que la proteja mi imagen, me rellena de churros con atole y me cuenta la historia de la organización sindical, de cómo las más jóvenes fueron las que empezaron, cómo les costó acabar con el miedo que tenían las de mediana edad (allí mediana edad es arriba de 25), de perder la chamba, porque todas tenían broncas económicas fuertes, un padre viejo al que mantener, un hijo sin padre al que llevar a la escuela y comprarle zapatos.

Lo difícil que fue convencer a una de que la organización valía más que los favores del capataz (que había que pagar con otros favores), convencer a otra que la organización le podía dar más que la sumisión y el mirar para abajo todo el rato, fuera cual fuera la orden de producción que transmitiera el dueño; convencer a otra que

el sindicalismo era de hombres y mujeres, que si ella tenía los pantalones y llevaba la raya a su casa, por qué no podía además llevar la credencial del FAT, y decirle muy alto a su jefa: “ahorita vuelvo, porque voy a la asamblea”; y a otra quitarle el miedo que tenía escondido tan profundo que no parecía ser miedo, pero que era eso, y a otra de que “mejor organizada que matada al pie de la máquina para sacar un poco más con los premios al destajo”, y a otra de que las cosas no era así porque Dios lo quiso, y el argumento supremo de que si nos hubiéramos quedado siempre en lo mismo, todavía no habríamos bajado de los árboles. Y la Hormiguita pedía la confirmación:

—¿A poco no? Paco, ¿a poco no? si no hubieran hecho nada los hombres ¿a poco no seguían en los árboles?

—Así es, compañera.

Una obrera morena, con un vestido agresivamente amarillo, enciende un radio de transistores y baila solitaria a la luz de la hoguera.

Mario le cuenta a un círculo de muchachas cómo es el metro de París y yo gozo de la noche apoyado contra un árbol. Mira que tener que venir a Irapuato para descubrir las estrellas. Lo tuyo es mucho, muchacho. Mira que tener que venir a dormir en guardias de prehuelga para saber cómo son las estrellas.

Y con las estrellas sigo después de la sesión de la escuela sindical. Y con las estrellas sigo, mientras todo el mundo va acomodándose para dormir, menos Mario, claro, que nació para noctívago y que convenció al papá de Chela para que le cuente cómo fue por acá la Reforma

Agraria en tiempos de Cárdenas, y que cuando acabe con el viejo, tocará la armónica mirando hacia la casa del patrón y cuidará la hoguera.

Y yo con las estrellas me duermo en el suelo, que es bastante más duro de como yo lo recordaba, a pesar de las risitas y los cuchicheos que me despertarán varias veces en la noche. Y a las seis de la mañana descubriré que el suelo me ha molido y que además puse el catre encima de un hormiguero y lo alboroté todito, y doña Beatriz está toda picada, y que las hormigas dejaron a la bolita de muchachas que dormían a mi lado llenas de señales, y a mí un brazo hinchado.

Todo eso a las seis de la mañana, cuando hace frío y no hay risitas, y ese hijo de la chingada del patrón durmió en cama, el muy puto, y las compañeras que corren hasta la casa de Mabel para lavarse la cara y arreglarse, porque eso sí, al sueño se puede renunciar, pero a la apariencia no. Y yo concuerdo porque una parte de esta guerra es ver quién tiene ojeras primero, si el patrón, o las obreras de Delta.

\* \* \*

—¿Cómo la ven? —pregunta Toño en la tarde.

Mario se ha dormido con su catre en mitad del local sindical.

—Yo creo que está cabrón sostener esto mucho. ¿Tú crees que la huelga va a estallar?

—Se me hace que podemos llegar a un buen convenio en un par de días porque de veras que esto de las guardias lo tiene muy presionado.

—Oye, ¿y si le hacemos un mitin? pa'ablandarlo otro poco, y para que además las compañeras sientan el apoyo de los otros sindicatos.

—Podría ser el viernes, y hacerlo en la noche.

Yo cuento con los dedos de la mano: pulgar, hoy, miércoles, índice, mañana, jueves; corazón pasado, viernes.

\*\*\*

En las noches hacemos la escuela sindical de Delta y dormimos en el campamento del baldío. En las mañanas vamos a Guanajuato a la Junta de Conciliación, con Antonio, a ver el conflicto de un reajuste en Holliday, o pasamos los ratos con los electricistas en la subestación platicando con los del departamento de medidores, o salimos en la camioneta del departamento de líneas aéreas a echar lengua con las subdelegaciones de la sección del SUTERM, o tenemos reuniones con el sindicato de cargadores del mercado, o hacemos los esténciles de *En pie de lucha*, el periódico sindical de los independientes de Irapuato, una hoja oficio por los dos lados con dibujos de Pablo (el Oso Bimbo), o comemos paletas de fresa, jugamos 21 en las canchas de basket del deportivo, o leemos una novela al solecito en el local, añorando el DF.

En las tardes, Toño nos trae en chinga, de asamblea en asamblea de los grupos sindicales del vestido. Comisiones, comités, comisiones revisoras, comisiones de discusión del destajo o de preparación de los nuevos contratos, escuelas sindicales, círculos de formación, promoción de nuevos grupos.

El viernes 4 de abril, hay algunas anotaciones crípticas en el cuaderno de notas que guardo de esos días: “Paco y el Gallo con chorrillo, Mario con una perrilla de mal en peor. Incidente en Tauro”.

El Gallo había llegado del DF a echarnos una mano, sobre todo porque estábamos empezando un trabajo con gente de la Carnation y la Hércules de Querétaro, y una escuela sindical en Pénjamo con electricistas y compañeros de los frigoríficos, y mientras Mario cargaba su catre con una sola mano provocando mi envidia y leía con la otra *El Sol* de Irapuato, el Gallo y yo zarandeábamos el otro catre por la avenida Guerrero, eran cómo las 8 de la mañana, y después de dejar los catres en la oficina nos íbamos a desayunar en el localito del lado del mercado donde la sección del SUTERM había organizado una beca alimenticia (en las mañanas huevos con salsa borracha, en las tardes carne de puerco en salsa verde —mucho salsa, poca carne, muchas tortillas— y en las noches huevos o carne de puerco, y todo con fresas), cuando vimos a Toño que estaba en la puerta del local esperándonos.

—Órale, movimiento, parecen capitalinos —gritó, consiguiendo que Mario, que en las mañanas era bastante inglés, alzara la vista de su periódico.

—¿Qué pues? —dijo alguno de nosotros que habíamos adoptado giros locales en la semana que llevábamos por allá.

—No, que las locas de Berta y Malena se encerraron con su patrón y no lo dejan salir de la fábrica.

—¿En Tauro?

—Ahí mero, dejen los catres y vámonos para allá.

El FAT tenía en aquella época en la ciudad dos sindicatos de industria con seis secciones: Delta, donde hacíamos las guardias; Acero, una sección de 140 trabajadores que estaba emplazada a huelga para la semana siguiente; Holliday, donde tenía 200 sindicalizadas; Maquilas del Bajío, donde tenía afiliadas a 90 compañeras de 180, en una situación de tensión tremenda por la presión de los Tomé; y dos talleres chicos: Roble con 30 trabajadoras y Tauro con 35. Allí, dirigían la lucha en mancuerna dos compañeras hiperactivas que le tenían tomada la medida al patrón, la Malena y la Berta. Eran uno de esos equipos que se dan tanto en la lucha sindical: una le daba fuerza a la otra, se compensaban, perdían el control por riguroso turno, se polarizaban por turno y hacían los papeles de agresiva y conciliadora en la negociación, siguiendo una orden inconsciente, de manera que ni siquiera a la hora de negociar sabía el patrón cómo enfrentarlas. La fábrica estaba en la entrada de Irapuato, tras una fachada blanca de las que habitualmente servían para esconder las empresas y las igualaba con doscientas casas de clase media. Este mimetismo de la industria con la Ciudad Familiar no es accidental, la empresa se oculta y evade impuestos, es fábrica pero podía ser almacén de granos si el asunto va mal; es taller, pero fue casa habitación y podría ser sala de fiestas o cantina. Todo colabora a reforzar el carácter efímero de los talleres del vestido.

Toño se acerca a la puerta y toca, por una mirilla aparece el rostro congestionado del patrón.

—Oiga, dígame a sus locas que me dejen abrir.

—¿Qué pasa, mano? —dice Toño que trata de tú a los patrones como una manera de igualar alturas, de bajarlos del cielo y traerlos al terreno de los madrazos.

—Están locas, así no se puede. En cuanto me abran cierro todo.

—¿Entonces para qué quieres que abran si vas a cerrar?

—Ustedes están llevando a la quiebra la empresa. El tipo se retira de la mirilla.

—Estas dos... —dice Toño.

—¿Qué pasó, no andes de misterioso? —pregunto.

—Que el patrón amenazó con cerrar el taller y correrlas a todas y éstas cerraron el taller por dentro con candado y tiraron la llave al baño.

—Son secuestradoras —dice el rostro del patrón asomado nuevamente por la ventanita.

—¿Puedo hablar con Berta y con Malena?

—No, no puedes hablar con nadie, estamos en horas de trabajo —dice el patrón—. Además, voy a llamar a la policía y acusarlas de secuestro.

Toño nos hace una seña y caminamos hacia una casa lateral.

—Oiga, ¿nos da permiso de subir a la azotea? —le pregunta Toño a una señora que había asistido interesadísima a todo el diálogo anterior.

—¿Tienen problemas las muchachas otra vez?

—Sí, caray, ya ve cómo es este señor —dice Toño sonriendo a la vecina.

Desde la azotea se ve la parte de atrás de un patio que se prolonga en el taller. Tirados en el suelo recubierto

por el borde de ladrillo, llamamos la atención de una de las muchachas que está cortando pantalones.

—Psst, háblale a Berta y a Malena.

—¿Qué hacen ahí?

—El patrón no nos deja hablarles por la puerta.

Al rato aparecen las dos dirigentes de la sección Tauro muy ufanas, y el patrón tras ellas.

—¿Qué pasó, Toño?

—¿Qué pues con ustedes?

—Aquí nuestro patrón que amenazó con despedir a la mitad, y luego perdió la llave de la fábrica.

—Están muy amenazadoras, Toño, me están amenazando.

—Contigo no quiero hablar, quiero hablar con las representantes del sindicato —dice Antonio en la azotea, mirando de arriba para abajo.

—Ya ve, yo le dije que con usted no querían hablar —le dice Malena al patrón que se va poniendo color cenizo del coraje.

—Ya nos dijo secuestradoras, Toño —dice Berta sonriente.

—Voy a llamar a la policía.

—Como llame a la policía, va a quedar en ridículo —le dice Antonio.

El patrón, iracundo se mete al taller.

—¿Qué pues?

—¿Qué hacemos? ¿Seguimos presionando?

—¿Y la llave?

—No, por ahí la tiene la Sole.

—Uh, si llama a la policía vamos a salir ésta y yo en los periódicos de secuestradoras. Ya decía mi mamá que no me metiera de sindicalista —dice la Malena sonriente.

\* \* \*

En la noche del viernes, las hormiguitas de Delta estaban bien contentas porque el patrón había cedido y firmado la revisión del contrato, y las secuestradoras de Tauro habían encontrado la llave después de que su patrón dio marcha atrás y firmó un acuerdo de producción.

Mario, el Gallo y yo aprovechamos para ir al cine con Toño y su mujer.

## VII

### LUIS MI COMPADRE Y DON TOMÁS

(1974-1975)

Don Tomás Bárcenas era pequeño de tamaño, arrugado, y lucía un sombrero de obrero de los años veinte del que nunca se separaba. Su mayor orgullo era una foto, colocada en lugar de lujo en su casa, donde se le veía entre dos soldados que llevaban bayonetas caladas en el fusil. Era la foto de la derrota ferrocarrilera de 1959, cuando el ejército entró a los patios de la estación de Irapuato a romper el movimiento. Aunque la foto tenía quince años de vida cuando conocí a Don Tomás, él y el personaje retratado que miraba a la cámara, seguían siendo gemelos. Tuve la tentación de preguntarle si el sombrero era el mismo. Nunca lo hice. Son esas cosas que uno siente que son importantes y que aunque lo fueran nunca podrá explicar por qué.

Don Tomás vivía en la Avenida del Trabajo, sobre un taller de reparaciones de aparatos eléctricos que tenían sus hijos. Ahí estaban pintadas en la pared las siglas del Movimiento Sindical Ferrocarrilero. Había una segunda foto: Don Tomás con Demetrio Vallejo, pero era una foto nueva, casi recién estrenada, en la que ambos muy ufanos miraban al fotógrafo. Era una foto de principios del 72, de la gira de Vallejo, cuando reconstruyó al movimiento tras salir de la cárcel.

Era cosa de llegar a Irapuato, a cualquier hora del día, y darse una vuelta a ver a Don Tomás. Caminar con él por la estación, un elefante blanco, muestra de lo que había sido un gran centro ferrocarrilero y hoy eran patios y oficinas vacías, rieles en desuso. La empresa tras el movimiento del 58-59 había reducido la zona de Irapuato a un cadáver en el que se hacían algunos trabajos rutinarios.

Una tercera foto debía estar en la pared, pero el fotógrafo no había llegado a tiempo y sólo podía ser adivinada a partir de las descripciones de Don Tomás y otros ferrocarrileros: en diciembre de 1972, cuando la primera ofensiva del gobierno contra el MSF, tras la muerte del charro Margarito Mendoza en Matías Romero, la policía había vuelto a detener a Don Tomás. Con Don Tomás se caminaba por los patios, se contaban historias viejas y se pasaban informes frescos. Y el deambular sin darnos cuenta, nos iba llevando a un camino circular y aparentemente errático hasta una de las pocas cuadrillas de trabajo que quedaban en Irapuato, con los peones de vía, la columna vertebral del MSF. Solía ser de noche, y en torno a un bote en que se quemaba petróleo, Don Tomás, como un gno-

mo rojo, informaba a sus huestes de un movimiento que no podía ser derrotado porque vivía en el corazón de los ferrocarrileros. Luego volvíamos al paseo interminable, y a veces Don Tomás se quitaba el sombrero, mostrando una calva sudada que se secaba con un paliacate rojo, para no abandonar las tradiciones.

Don Tomás también sacaba oficios y repartía volantes, mantenía en orden la correspondencia del Movimiento y era la voz en los mítines unitarios que de vez en cuando se produjeron en la ciudad. Tenía una voz cascada, pero se calentaba y caldeaba al auditorio. Su casa quedaba a unos metros de Ropa Acero, y cuando la huelga, salía todos los días a llevarles café con leche a las guardias.

Si con Don Tomás recorrí los patios y las vías, con Luis, mi compadre, conocí algunas cantinas, el departamento de medidores de la subestación de CFE y las calles polvorientas del sur de la ciudad.

Luis tendría como treinta años cuando nos conocimos, era flaco, moreno claro, con un bigotito muy fino sobre el labio, los ojos hundidos y un hablar seco y preciso.

Trabajaba en el departamento de medidores, reparando aparatos, y era uno de los militantes firmes de la sección del STERM. Él me regaló una chamarra verde chingamelaretina con el escudo del STERM, que paseé en huelgas, mítines y manifestaciones por todo el Bajío. Él me enseñó las cantinas de Irapuato, donde un electricista era un caballero al que se atendía con premura y un electricista era también el nombre de una bebida que consistía en echarle todo lo que hubiera sobre la barra en un vaso jaibolero y batirlo bien. Luis tenía una complicada vida fa-

---

**Irapuato mi amor**  
miliar. Tenía dos casas (alguien me dijo que tres), y me consta porque me invitó a comer a las dos. Luis me explicó cómo los electricistas de ciudad chica eran obreros de trabajo, pero no de vida. Cómo los sueldos que ganaban y las compensaciones por desplazamiento o las horas extras les daban un salario muy por encima de los trabajadores de Irapuato, que malvivían con sueldos de hambre. El STERM era un sindicato que había peleado duro en lo económico los últimos diez años y que tenía tabuladores altos dentro de la industria estatal, mucho mejores que los de los ferrocarrileros o petroleros. Esa lana que sobraba los convertía en candidatos ideales para mantener más de un hogar, en los amos de las cantinas, o en los futuros dueños de tiendas y pequeños comercios.

—Nosotros no luchamos por hambre, compadre. ¿Eso es bueno o es malo? ¿Somos mejores o peores que otros?

—Son diferentes, compadre —le decía yo muy sabio, aunque no podía entender en mi victoriana cabeza este mundo de cantinas, de dos casas. No podía entender a estos militantes machistas, que en el fondo no comprendían la lucha de las trabajadoras del vestido, pero que se metían a fondo en ella apoyándolas.

—Lo nuestro es de orgullo. Porque, a ver, ¿cómo un charro pendejo como el Pérez Ríos ése nos va a decir cómo manejar nuestro contrato? ¿Por qué nos va a robar las cuotas?

—¿Y el socialismo, Luis?

—No, eso también. Esta sociedad está mal, yo estoy mal.

Si Don Tomás me enseñó la persistencia, Luis me enseñó que somos lo que somos y no lo que los libros quieren que seamos.

## VIII OLGA EN ACERO (Marzo 1975)

Olga salió de las negociaciones trabada, con los ojos fijos. Se echó la melena para atrás y dijo:

—Hijo, qué aguante hay que tener con esta gente.

Un día de estos me desato y les pico los ojos.

Volvió a quitarse la melena de la cara y sonrió.

—Se echaron para atrás —dijo.

Se luchaba en la fábrica Ropa Acero contra un intento de reajuste combinado con una amenaza de cierre patronal. Los trabajadores habían descargado un camión ante el aullido del patrón y sus cujjes, y soliviantado a los vecinos de toda la cuadra (entre los que se encontraba Don Tomás, el ferrocarrilero, y sus hijos) de Avenida del Trabajo.

La conversación entre el patrón y Olga, reconstruida después, gracias a un testigo, había sido más o menos así:

—Haga el favor de volver a meter los pantalones de donde los sacó.

—¿Usted qué se mete?, son míos, han sido producidos por mi empresa.

—Pero estamos en periodo de prehuelga y no se puede sacar nada.

—La fábrica es mía.

—Y nuestra, ¿a poco cree que se pueden producir todos esos pantalones sin nosotras?

—En esta empresa los pantalones los tengo yo.

—Y yo, pues qué no me está viendo

Olga se quitó el pelo de la cara y nos dijo:

—Qué tipo mi patrón, no aprende.

Luego sonrió a todos los que estábamos allí y se fue para su casa.

Olga peleaba en dos frentes en aquella época: el frente sindical y el familiar. Hasta donde recuerdo, el marido era un empleado que no quería que su esposa trabajara y menos que “estuviera metida en esos líos”. Olga tenía una hija. Hacía desayuno para tres, dejaba a la niña, se iba a trabajar, cumplía su jornada de ocho horas, participaba en su sindicato, trabajaba en la organización de otros grupos sindicales, llegaba a su casa y hacía la cena de tres, cosía un botón, lavaba los trastes, discutía en las noches con su marido y se agarraba a trancazos en las mañanas con el patrón.

Eso no la hacía menos simpática. En las noches, cuando añoraba el DF, mis libros, a la Paloma, a mi hija, la sonrisa de Olga y la historia de su doble batalla me funcionaban como la patada en el culo que todo militante de vez en cuando necesita para seguir carburando.

## **IX**

### **LAS NIÑAS, RAFIC Y SU MUSTANG**

**(Mayo 1975)**

Si las había visto antes, sólo podía recordarlas como uno más de los pequeños grupos que sesionaban en la parte de atrás del local mientras nosotros pasábamos en chinga

por ahí. Podían ser diez o doce muchachitas muy jóvenes que estudiaban primaria, o uno de aquellos grupos de capacitación de enfermería o de labores, que la FESAG había organizado con despedidas o hijas de trabajadores. Pero era uno de los proyectos de expansión que Toño guardaba en el bolsillo y que saltó de repente.

—¡Las tiene encerradas en la oficina y no las deja salir! —dijo Olga aullándome en el oído. Salté del catre donde había estado leyendo una novela policiaca mientras me arrullaba con el mimeógrafo, donde se estaba imprimiendo *En pie de lucha*.

—¿Quién las secuestró?

—Rafic, Rafic.

—¿A quién secuestró Rafic?

Pero era tarde, Olga había salido corriendo del cuartito.

En la parte de atrás había una asamblea conjunta de las compañeras de Acero y las de Delta. Eran como 150 compañeras. Se habían puesto de pie. Toño, calmado como siempre, se me acercó.

—Vamos, maestro, ahora va a poder ver de cerca a un patrón de Irapuato.

—¿Qué pasa, chingá?

—Que secuestraron a 20 compañeras nuestras en Maquilas Populares.

—Vamos, vamos —gritaban unas compañeras a mi lado.

*El día 29 de abril del presente año, aproximadamente a las once horas, se celebró una reunión de todos los trabajadores que prestan sus servicios en la negociación Maquilas Populares de Irapuato y*

*en la cual estuvimos también presentes nosotras; teniendo lugar dicha reunión en el interior de dicha factoría que se encuentra ubicada en el callejón San Roque s/n en esta ciudad. La reunión de referencia fue precedida y celebrada a instancias del patrón Rafic Irani, quien durante el desarrollo de la misma preguntó al personal quiénes eran del Sindicato, sin precisar cuál. Al término de la reunión nos separó de todo el personal a las siguientes personas: Leticia Valadez, Yolanda Herrera, María Candelaria Gutiérrez, María Asunción Gutiérrez y Berta Gutiérrez Acosta, mayores de edad sólo las dos últimas, y nos dijo que subiéramos a las oficinas.*

La bola se fue haciendo en las afueras del local, y las compañeras más emprendedoras se lanzaron a la esquina y pararon dos camiones. Ahí nos fuimos en montón.

—¿Y quién es el Rafic, Toño?

—El patrón, un libanés, que es dueño a medias de Maquilas Populares con los Tomé. Debe haber cachado que ya teníamos formada la sección sindical, y dice una compañera que las secuestró, que no las deja salir de la fábrica.

Desde la ventana del camión veo Irapuato en medio de una nube de polvo. Son las seis y media de la tarde, pero todavía tenemos por delante una buena cantidad de luz, está oscureciendo muy tarde.

*Una vez ahí exigió que firmásemos unas fichas de afiliación a un sindicato que llamaba “18 de Agosto”. Como nos opusimos a esto último, nos amenazó con despedirnos y boletinar nuestros*

*nombres a otras fábricas de ropa, con lo que quedaríamos fichadas. Como no quisimos firmar nada, nos dijo que iba a llamar a un notario y que lo teníamos que pagar nosotras, y nos ordenó que nos quedáramos en un rincón de la oficina.*

*A la una y media de ese día llamaron a la oficina a Yolanda Hernández, Josefina Zaragoza, Adela Chávez, Ricarda García y María Trinidad García, y preguntó a todas si nos habíamos estado reuniendo para hacer un sindicato, y como no contestamos nos llamó: “mendigas muertas de hambre”. Nos tuvo ahí sin dejarnos comer ni ir al baño, y a las cinco de la tarde llegó con un señor que dijo que era actuario y no se identificó. Nos dijo que teníamos que firmar con el sindicato de la CTM o nos despedía y que si nos despedía nos íbamos a quedar sin trabajo y nos ponía en las listas negras y ya nomás de putas íbamos a trabajar.*

La fábrica se ve desde lejos, a un lado de la carretera, en un despoblado lleno de tierra suelta, un galerón cuadrado de color café claro, al que se llega por una vereda de tierra cercada por postes y alambre de púas. Parece como si la propiedad tuviera que marcarse por motivos de orgullo patronal, de referencia no sé quién chingaos puede querer este pedazo de tierra tan triste.

Nos bajamos del camión y se fue haciendo la bola. Toño, atrás con las compañeras de Acero, venía todavía discutiendo los ecos de la asamblea interrumpida, en la punta, la Socorro, que traía un palote, pescado quién sabe dónde, y dos señoras ya grandes de Holliday, vestidas de

oscuro y con trenza ambas. Unos pasos atrás caminaba yo, viendo oscilar las trenzas al vaivén del paso. A mi lado, venía una de las hormiguitas de Delta que parloteaba sobre un novio que tenía en Puebla.

*Luego Rafic y el dizque notario despidieron a todas, y dijeron que nosotras tres (Yolanda, Leticia y Berta) nos íbamos a quedar toda la noche encerradas en la fábrica hasta que aprendiéramos y salió.*

La puerta de la fábrica está a unos cien metros, ante el portón hay una camioneta y un Mustang guinda. Ahí y ahora empieza la película. Una película en cámara lenta, como debe de ser en estas historias.

Rafic (cuarenta años, alto, de pelo negro y chino, bigotito, ojitos muy juntos e inyectados de sangre, playera azul y pantalones vaqueros hechos en Irapuato, esclava de oro monumental, reloj de buzo puto) sale de la fábrica, mira el camino de tierra y ve a una bola de mujeres que avanzan hacia la empresa. No puede distinguir si tienen aire de buenas o malas amigas. Se sube al Mustang, que para eso está ahí. Arranca con rechinado de llantas, como es su costumbre, supongo, y viene hacia los desarrapados a sesenta por hora. Los desarrapados dudamos. Socorro grita: *Es él, es Rafic*. Yo grito: *Todas quietas, hagan valla, hagan valla*. Socorro me toma de un brazo y con el otro sostiene el garrote, las dos mujeres de negro se alinean; la hormiguita a mi derecha. Volteo a ver a Toño, a la raza, que se queda parada.

El coche se detiene con frenazo y rechinado de llanta a escasos 10 metros. Rafic saca la cara por la ven-

tanilla bajada totalmente, (hace calor, hace sol todavía en Irapuato) y grita algo así como: *¡Quítense viejas, ésta es propiedad mía, el camino es del dueño de la fábrica mía!* Socorro grita: *¡Patrón ojete!* Yo, en calidad de jefe de la ofensiva (maldita manía de adjudicarme cargos para los que nadie me nombró y que no son revocables por voto directo) grito: *¡Hasta que no sueltes a las trabajadoras no pasas, güey!* A nuestras espaldas hay como tres filas más de compañeras, entre ellas, Olga, que como es de armas tomar, dice por lo bajo: *No lo dejamos, no lo dejamos al baboso éste.* Yo volteó medio desesperado, Toño y el grupo grande están como a 20 metros. Rafic mete primera y arranca, avanza diez metros y vuelve a frenar. Nuestra fila titubea. Rafic mete reversa y se aleja. Yo grito: *¡De espaldas, de espaldas!* (y sepa por qué, chance porque si no lo ves venir te da menos miedo), me volteo: *¡Nadie se mueva! ¡Firmes aquí, raza!* Rafic acelera, siento el frenazo, aire que empuja el coche y un dolor nervioso me sube por la espalda, un golpe en el brazo. No es el coche, que ha frenado a diez centímetros, es una piedra que el desgraciado aventó con la llanta, una piedra o una lata. Me volteo y lo miro. Socorro con el palo se le va encima: *¡Querías atropellar a Paco, cabrón!* dice y le suena el palo en el techo del Mustang (demanda posterior: 1,200 pesos por la abollada). Yo sudo. Nos vamos acercando a Rafic que mete reversa y huye. La bola se ha juntado. *¡Tras él, sobres!*, dice Toño a nuestras espaldas. Corremos los cincuenta metros que nos separan de la fábrica. Rafic ha dejado el coche con todo y llave y se ha metido cerrando el portón. Comenzamos a aporrearlo con todo. *¡Piedras,*

---

**Irapuato mi amor**  
*pedras! ¡Suelten a las secuestradas!* Toño a mi lado, dice: *Estás loco, casi los atropellan. No me iba a quitar con las compañeras ahí.* Entonces eso es el valor, una forma de compañía, un lazo que te une con otros y que no te deja huir. Termina la película. Voy a ver a Socorro, que le está dando con el garrote a la lámina del portón.

—¡Qué bien se vio, maestra!

Socorro sonrío orgullosa.

—¿No íbamos a correr, verdad?

Busco con la vista a la hormiguita y la descubro buscando una piedra mientras llora.

El miedo viene ahora, con el dolor en la espalda.

El aporreo de las láminas crece rítmico. Planeo una pequeña venganza y la ejecuto. Voy hasta el Mustang de Rafic, le quito la llave y la aviento lo más lejos que me da el brazo. La llave se pierde en la tierra suelta. Dos patrullas aparecen en la entrada del caminito y cierran la salida.

Toño domina la situación rápidamente y se lanza a conferenciar con los policías.

*Como a las siete, volvió Rafic corriendo, todo tembloroso y nos dijo: "Vayanse asquerosas. ¡A la chingada!" Berta le dijo: "¡A la chingada se irá usted!" Y salimos corriendo, no fuera que quisiera encerrarnos otra vez, y estaban los compañeros afuera golpeando la puerta. Por eso nos dejó salir Rafic. Queremos decir que todo lo que nos dijo Rafic nos lo dijo en mal español, porque ni lo habla bien. Protestamos lo necesario. (Siguen 14 firmas.)*

Mientras Toño emboruca a los policías, el portón se abre y salen las tres secuestradas. Son tres muchachitas frágiles; la mayor debe tener 16 años y llora. Gritos, aplausos, abrazos. Se improvisa un mitin.

—¡Y ya verá el baboso éste, cómo no vamos a descansar hasta que en Maquilas Populares no haya sindicato independiente!

En la noche Toño teclea con dos dedos el plan de ataque:

*\*Sonido: Servicio Mancera lo proporciona con un pago de \$300.*

*\*Propaganda a las secciones, información directa: Acero, Tauro, Maquilas del Bajío, Delta, Roble, Holliday, Constanca, Cortinas.*

*\*Propaganda a organizaciones fraternas: Electricistas, Ferrocarrileros, Cerillera, Cremedira, CocaCola...*

—¿De qué se está sonriendo, maestro? ¿A poco le gustó que lo trataran de atropellar?

Trato de explicarle mi victoria, un triunfo que no tiene tanto que ver con el valor o el acierto, que tiene que ver con el haber roto la distancia. Cuando militas en el sindicalismo desde afuera de la fábrica, pides, propones, sugieres a la raza que haga cosas que tú no puedes hacer. Que den la cara, que se jueguen el empleo, que paren, que se enfrenten, que resistan sin salarios seis meses. Ahora, tú estabas en la jugada, y si el Rafic no hubiera frenado, se hubiera llevado por delante a Socorro, a la Hormigueta, a las dos compañeras de negro y a ti. Tratas de explicarle ese triunfo. No lo logras del todo. Toño está

fuera de la fábrica, pero eso es un accidente, él nació y vivió obrero. Ahora es un organizador sindical, pero no pide a nadie que haga algo de lo que él en su día no hizo. No entiende mi felicidad.

Llenamos Irapuato de volantes. Por miles. Todas las secciones del vestido salieron a la calle. Denunciamos penalmente a Rafic por secuestro y llenamos de mierda a la CTM por estar prestando contratos de protección a los patrones usureros.

Rafic se escondió, temeroso de que lo fueran a detener, mientras los Tomé sé encargaban de parar la bronca judicial. Su jefe de personal, Juan Vázquez Vázquez presionó a las trabajadoras que no estaban despedidas. El 2 de mayo, treparon a todo el personal en camiones azules y se lo llevaron en horas de trabajo a la CTM, donde el diputado Martín Montaña constituyó el sindicato 18 de Agosto (el del FAT se llama 15 de Agosto). El secretario general del sindicato blanco fue el propio jefe de personal.

La presión estaba en grande. Comenzaron a pintarse las paredes: “Rafic Vete. Viva el sindicato independiente. Rafic secuestrador”. Un camión de sonido recorría las calles tirando rollo virulento. Mítines diarios en puertas de fábrica, una manifestación.

Pero la cosa no estaba muy clara. El cabrón de Rafic había acertado con los 19 despidos y descabezado la organización interna. Prácticamente de las 150 mujeres que quedaban trabajando en Maquilas Populares sólo teníamos apoyo firme en media docena; las demás que no habían estado organizadas previamente, tenían mucho

miedo. Con estos elementos la posibilidad de ganar un juicio de titularidad estaba difícil, sobre todo porque la Junta de Conciliación de Guanajuato donde se iba a ventilar el caso demoraría un año el asunto. Lo más claro, entonces, era tratar de doblarlos políticamente y buscar que ellos se pusieran a la defensiva para que las chavas que se habían quedado trabajando perdieran el miedo. Aun así, se procedió legalmente con el juicio de titularidad y un juicio por reinstalación a las despedidas.

Las “secuestradas” se convirtieron en una presencia permanente en el local. Atrás, en la parte asoleada, entre macetas y cascos de refrescos, todas las mañanas sesionaban y preparaban sus salidas a la calle.

Eran un grupo muy particular. Parecían dos decenas de niñas escapadas de una escuela primaria organizando diabluras, peleando contra su timidez, inventando maldades para fregar a Rafic (mítines en su colonia pa’ quemarlo con sus burgueses vecinos, visitas a domicilio a las casas de las que habían quedado dentro de la fábrica, volantes metidos por las ventanas de la empresa, volanteadas en los camiones en la mañana).

Rafic era todo un personaje de comedia de Viruta y Capulina. Declaraba en los periódicos en su mal español, que los rojos trataban de hundir la industria de Irapuato, que había un complot contra él.

Todo un personaje este libanés de 35 años, que quería hacer dinero rápido y fácil, porque el dinero es prestigio, porque el dinero es triunfo y permite boda. Porque dentro de la clásica colonia libanesa de Irapuato,

---

**Irapuato mi amor**  
formada por vendedores y buhoneros que habían devenido industriales, sólo hay un símbolo vital: la fortuna.

Y eso significaba asociarse con Felipe Tomé, uno de los capos de la colonia, industrial próspero, que hacía el favor al joven Rafic Irani, y que contaba con su empuje para sacar adelante una fábrica.

Así había nacido en septiembre de 1973 Maquilas de Ropa Popular, en la calle Juventino Rosas (nada de vales en esta historia) número 424, con 170 obreras, la mayoría muy jóvenes, que entraban a las ocho de la mañana y trabajaban a destajo, para después de una jornada de 12 horas (con una para la comida en medio) sacar 75 pesos a la semana, cuando el salario mínimo estaba en 350 pesos y el mínimo profesional para una costurera en \$496.70 a la semana.

Dejé Irapuato a mediados de mayo de 1975, cuando la lucha de Maquila seguía en pleno auge. Un año después, hablando con Toño en el DF, me contó que se había perdido. Nunca se pudo reinstalar a las 19 compañeritas que terminaron aceptando una buena liquidación. Por lo menos se logró que se aumentara el sueldo a las que quedaron dentro y que Rafic quedara tan vapuleado, que tuvo que irse, se peleó con sus socios, los Tomé, y dejó Irapuato.

A veces siento en los huesos aquel frenazo, me acuerdo de la cara abotagada de Rafic Irani, y me lo imagino haciendo fortuna sucia en este país que tantas oportunidades de triunfar te da, cuando eres un hijo de la chingada.

X  
REGRESO (Noviembre 1982)

—Hace dos meses había 3,500 trabajadores en la industria del vestido en Irapuato, ahora sólo quedan dos mil escasos —dice Antonio.

—Dan ganas de ponerse a llorar —dice Olga—. Desde junio hasta fines de octubre peleando para tratar de conservar la fuente de trabajo y no pudimos con el cierre de Acero.

—La crisis está dura —dice Antonio—. Ya van tres cierres totales en fábricas, el de Acero, el taller de Costa Elías y el de Pancho Guerrero. En Austin botaron al 35% del personal, el 45% en Holliday y el 20% en Maquilas Populares y Maquilas de Irapuato. Están bajando los salarios y volviendo a los destajos sin precios de garantía. La mitad de los talleres familiares han cerrado y los demás están trabajando cuando mucho tres días a la semana.

En donde el FAT tenía organización se resistió, cuando menos se consiguieron liquidaciones. Donde no había sindicato o estaba la CTM se echó a la gente a la calle sin más.

Irapuato está cambiada. La crisis no se nota en las calles, está escondida en los barrios, anida en las pláticas de las mujeres que hacen cola en la tortillería, está punzante en las conversaciones con Toño, Olga y Berta en los locales del sindicato.

No conocía el nuevo local, comprado a una patrona en quiebra, adaptado velozmente con un techo de lámina en la parte de atrás para cubrir un espacio donde

hacer asambleas, y cuatro o cinco oficinas. Afortunadamente está lleno de sol, como el anterior.

He vuelto a Irapuato casi diez años después de Estrella de Oro. El pretexto es hacer un reportaje para *Información Obrera* sobre la forma en que un sector organizado y muy combativo está resistiendo la crisis. En el fondo vuelvo porque no quiero que se me pierdan en el cajón de los olvidos estos recuerdos y estas gentes, no quiero olvidar. Quiero seguir teniendo argumentos para explicar por qué es mejor Irapuato que Nueva York o París. Porque, en el esquizofrénico planeta de mis gustos, esta ciudad brilla al sol mejor que Madrid o Barcelona, y la lonchería de la Guerrero, sólo tiene paralelo gastronómico con una sandwichería del barrio viejo de Amsterdam.

Salvando Irapuato en la memoria, se salva un pedazo entrañable de mí mismo. Pero a Irapuato, al Irapuato fabril de las costureras sindicalizadas, poco le importan mis manías. El Irapuato fabril cuenta su tragedia sindical.

—La sección Ropa Acero era la mejor del sindicato, ¿a poco no, Paco? —dice Olga—. Llevábamos varias huelgas, le habíamos ganado al güey ese. Y en junio del 82, por culpa de la escasez de tela que provocó la huelga textil, se bajó la producción. De 3,500 pantalones diarios a 3,000 y luego a 2,600. El patrón decía que la tela era cara, que los costos de la mano de obra eran muy caros, que no se podía competir con maquileros locales que mal pagaban y que se le escurrían con los impuestos a Hacienda y no pagaban Seguro Social.

El 13 de julio cerró la fábrica. Si estallábamos la huelga corríamos el peligro de hacerle un favor. Tenía-

mos salarios altos en Acero porque los habíamos ganado, él no nos había regalado nada; en la lucha se habían ganado. Por ejemplo, ganamos el aumento del 10-20-30, pero había sido un cuete.

Mientras nosotras sacábamos 3,080 pesos semanales, compañeras que hacían el mismo trabajo en talleres, andaban por 1,800 y 1,500 y a veces hasta mil. Con el cierre vinieron las tensiones. Algunas compañeras decían: “Vamos a entrarle, si va a tronar que truene”. Pasó el tiempo, primero una semana, luego otra, el patrón ofrecía préstamos pero sabíamos que si los aceptábamos era una forma de acabarnos nuestra liquidación si había quiebra.

Olga se quita un mechón de la frente. Le he visto ese gesto hace cinco años, ese mismo gesto, esa rabia que la va consumiendo conforme se hacen más presentes los recuerdos.

—Hubo presiones para reabrir y nos propuso trabajar 3 días a la semana garantizados. Pero sólo duró dos semanas. El patrón decía: “Espérenme otro poquito, espérenme otro poquito. Ahora voy a Estados Unidos a vender el pantalón.”

—Desespera el poco aire que tenemos para negociar o pelear —tercia Antonio—, la crisis nos deja muy desarmados, aunque...

—Nosotros estábamos haciendo guardias en la fábrica, no fuera a ser que tratara de auto robarse o algo así. Por eso cuando el 8 de octubre trató de sacar ropa en un camión, bloqueamos la puerta —dice Olga.

Puedo reconstruir la escena, la he visto algunas veces, es más, hace algunos años la vi en esa misma empresa.

Un camión se estaciona en la puerta; patrón, hijos del patrón, empleados de confianza, van cargándolo. De las sombras salen los de la guardia, corren a los teléfonos, poco a poco se junta la raza: 20, 30 mujeres, un par de hombres más bien flaquitos. Pero las mujeres del vestido son duras. Como Olga dice: “Éramos malditas, ahora somos peores”. Ahí se van sobre la puerta en bola, estorban a los que están cargando, hablan todas al mismo tiempo.

—Aquí cerramos la puerta y no sale nada —diría Olga.

El patrón, trabado por el coraje trataría de argumentar; sus hijos, más “modernos”, llamarían a un notario.

—Estamos velando nuestros intereses —dirían las trabajadoras.

—Pero yo soy el dueño —diría el patrón.

—¿Cómo en todo el tiempo que estuvimos aquí no vendió nada de pantalón y ahora que está cerrada la fábrica lo vende todo?

Total, amenazas y todo, el patrón siente que esas mujeres pueden pasar del reclamo al motín y descarga de mercancía, acepta firmar un convenio que garantice a los trabajadores sus derechos.

—Nosotras gritábamos: “Queremos trabajo, queremos trabajo” —vuelve a contar Olga—. El viernes anterior nos habíamos echado otra bronca porque los hijos del patrón trataban de quebrar la unidad del sindicato.

—Pero ya estaba perdido —dice Antonio—. Empezamos a retroceder sin aceptar la liquidación. A nosotros nos interesaban dos cosas: tratar de salvar la organiza-

ción sindical y mantener la fuente de trabajo. Cuando él nos ofreció la liquidación...

—Hasta le ofrecimos salir a vender el pantalón almacenado nosotras —dice Olga—. Tenía 12 mil pantalones en la bodega, de buena calidad, hechos por nosotras. No aceptó. Desesperados dijimos: “Vámonos a la huelga”

El plumón se atora en el papel, las frases de Olga, una tras otra me desbordan mientras reconstruye la angustiada lucha por mantener la fuente de trabajo sin perder la dignidad.

—Propusimos reducir la carga de trabajo al 50%, un cierre temporal de dos meses sin goce de salario para que le diera tiempo de realizar la mercancía. Propusimos vender nosotras el pantalón, propusimos prorrogar el contrato. Desde luego todo esto se lo íbamos a cobrar en el aumento del control obrero de las condiciones de trabajo, y en la fuerza dentro de la empresa. Pero nos dimos cuenta de que no tenía intenciones de mantener la empresa abierta y entonces empezamos las guardias de prehuelga y nos movilizamos.

—En una ciudad como la nuestra podemos hacer un buen desmadre. El FAT tiene fama de muy agresivo. Él sentía que le podíamos destruir su reputación de “irapuatense honrado”. Hasta decía: “No vayan a tirar volantes”.

—El 22 de octubre se terminó el conflicto, aceptamos una liquidación del 100%, se nos condonaron los préstamos y nos dio un millón de pesos más para repartir entre todos, más un convenio de que en caso de que la fábrica se reabriera, volvería a contratar con el mismo sindicato.

Centenar y medio de trabajadores, excelentes sindicalistas se quedaban en el desempleo.

Llevamos sentados tres horas en el local, comienza a oscurecer. Al fondo, cerca del salón de asambleas, hay algunas pequeñas reuniones. Son grupos de alfabetización, clases de confección y una reunión de despedidas que intentan organizarse en cooperativa.

Olga se ha ido, trabaja ahora en un tallercito y está aprovechando el sábado para pintar su casa. Toño está colgado del teléfono, aprovecho para estirar las piernas en el patio, enciendo un cigarrillo.

¿Qué me ata a esta gente? La alegría y la rabia con la que defienden su derecho a cambiar la calidad de la vida. La crisis ha destruido varias de las secciones sindicales del FAT en Irapuato, muchas de sus mejores militantes se han casado y se han desligado de la lucha, otras se han agotado, unas pocas se han corrompido y aprovechado la experiencia para hacerse capataces codiciadas por la patronal. Sólo tres secciones se sostienen con pequeños reajustes de personal, pero la experiencia está viva. Muchas compañeras han ido a dar a pequeños talleres donde alimentan la organización sindical, otras cambiaron de fábrica y calientan viejas semillas, otras organizan una cooperativa que les permita mantenerse en medio de la crisis. Toño me trae un refresco de la oficina.

—¿Qué tanto le piensa, maestro?

—No, aquí nomás, en lo mismo.

—La crisis no es para siempre —me dice—. Hay que salvar los cuadros, hay que salvar la experiencia y volveremos a dar la guerra, y esta vez de a deveras, a or-

ganizar toda la industria del vestido en un solo sindicato independiente.

—Me avisa pa' venir a echar una mano.

—No faltaba más, maestro.

Al día siguiente tomé un autobús de Transportes del Norte y volví para México. Al salir del bulevar para tomar la "Y" griega que desvía la carretera central a Silao y León, contuve las ganas de asomarme a la ventanilla y mirar para atrás. Lo que quería ver lo estaba viendo con ojos del recuerdo.

Encendí mi último cigarrillo en Irapuato, y me dije: "Voy a volver".



## **Paco Ignacio Taibo II**

Periodista, autor de novelas históricas y policíacas, además de fundador y director del festival multicultural “Semana Negra”, de Gijón. Radica en México desde 1958, donde desarrolla toda su carrera de cronista, historiador y escritor. Cuenta con más de 50 títulos publicados, entre los que se incluyen cuentos, comics, ensayos y reportajes.

Entre los más conocidos se encuentran: *Héroes convocados: manual para la toma del poder* (1982), que obtuvo el Premio Grijalbo de Novela; *Bolcheviques. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México 1919-1925* (1987), Premio Francisco Javier Clavijero; *Cuatro manos* (1991), con los premios Internacional Dashiell Hammett y el Latinoamericano de Novela Policiaca y Espionaje; *La lejanía del tesoro* (1992), Premio Internacional de Novela Planeta-Joaquín Mortiz; *Ernesto Guevara, también conocido como el Che* (1998), Premio Bancarella, y *Pancho Villa* (2007), *El Retorno de los Tigres de la Malasia*, publicado por Editorial Planeta. Su más reciente publicación es *Que sean fuego las estrellas*, publicado por Editorial Planeta

**Descarga todos los libros que hemos editado en  
[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**





Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el  
mes de abril del año 2016.

Queda prohibida su venta.  
Todos los derechos reservados.